

ct

# Fuegos en la bahía

de  
Chiuzo Hayz

*(fragmento)*

## NARRADOR

Marta ha llegado puntualmente a las ocho. Ha venido en táxi. Sin decir una palabra. Sacó de su bolso un papelito con la dirección del local y se lo enseñó al conductor. En este justo instante, mira el impreso, que no es más que la tarjeta del restaurante, sino que guardada con mucho esmero: *A hundred stars. Cocina internacional*. Marta sonríe - le gusta experimentar. Le hace sentir más integrada, quizás más propicia a oportunidades - o al menos es lo que creemos, porque entre la poca luz y el matasuegras en su boca, apenas se le distingue el contorno de los labios. Lleva un vestido de tela fina y semitransparente de color flor de cerezo, algo entre melocotón y rosa claro. Pese a la semitransparencia, su vestido no está pegado ni lleva escote. Es casi un vestido de niña adulta. De mujer decente, dirán algunos. Pero que para ella, es de persona buena, amable, llena de sueños. Esta noche, Marta no pensará en su estado, en el futuro o en cajas de pastillas. Esta noche, para Marta, todo es destello, un show de estrellas, de formas imprecisas, y un lugar delante de sí por ocupar.

El reflejo del cristal le trae a la vista las otras mesas. Casi sin pensar, como llevada por el instinto, las recorre con su mirada, buscando mesas como la suya, con una silla libre y alguien esperando a alguien con quien charlar. Y como una estrella fugaz, aterriza en la mesa del fondo. Una señora está sentada en ella. Una señora simpática, de unos cincuenta años, pelo corto y bien peinado. Lleva un jersey rosa claro, el color preferido de Marta, y una cadena de oro con una medalla en forma de gota. El redondeado del cristal proyecta la mesa de ambas en el mismo lugar, de modo que ahora, están sentadas una delante de la otra. Ambas sonríen. Como dos niñas, se sonríen.

En la bahía, al norte, los fuegos anuncian el inicio de la festividad, teñiendo el cielo de miles de estrellas. Los rostros de Marta y de su compañera se iluminan de ilusión, de sorpresa y de esperanza. A cada fuego, se desbordan de vida. Como dos niñas de diez años. Dos niñas tímidas deseosas de jugar.

En voz baja, ensayan un cumpleaños feliz, que junto con los fuegos cobra fuerza y culmina en palmadas y risas. Marta coge la espátula y corta la tarta. Espera, corta la tar...? Pero si nunca... Coge el plato de su nueva amiga y le sirve el primer trozo. Luego se sirve a sí misma. Comen con alegría. La señora de enfrente se pone el sombrero de Marta. Marta piensa: ¡Qué bien le queda! Sopla el matasuegras. Ríen. Bajo la luz de las estrellas, disfrutan del cumpleaños y del inesperado tan deseado encuentro. Marta no sabe qué decir. Tiene la garganta rebosada de tarta y un sin fin de efervescentes emociones.